

E. Gómez de Baquero
Muerte de un gran novelista
(*El Sol*, 29-1-1928)

La muerte de Blasco Ibáñez me ha impresionado profundamente, no solo por la antigua amistad que nos unía y que resistió la prueba difícil de la ausencia, sino porque el gran novelista valenciano daba una sensación de fuerza, de vida exuberante, de juventud. La daba con la presencia física, en la correspondencia epistolar, llena de planes, de discusión de particulares literarios, de atención a mil varios asuntos y en la producción artística. Blasco Ibáñez ha sido joven hasta pasados los cincuenta años, o sea hasta hace poco. Últimamente le atacó una enfermedad de la vista, pero no se le abatió el ánimo. Seguía trabajando en sus proyectos literarios, entre los cuales era el más inmediato la serie de novelas del descubrimiento y la conquista de América, la primera de las cuales: *En busca del Gran Kan*, estaba próxima a publicarse.

Paso a paso he seguido la labor literaria de Blasco. Raro será el libro suyo al que no haya dedicado algún comentario en periódicos o revistas. Hasta pensé en escribir un libro acerca de sus novelas y de su vida, que tenía también partes novelescas. Este proyecto es ya remoto. Hablamos de él más de una vez cuando Blasco residía en España, y oí de su boca, con aquel cálido verbo, que tenía la misma plasticidad que su estilo de novelista, episodios curiosos de su vida, impresiones de infancia en la Valencia de la guerra civil, cuando veía, con otros chicos, entrar a los prisioneros carlistas conducidos entre bayonetas; su fuga a Madrid en busca de la gloria, su encuentro con don Manuel Fernández y González, de quien fue secretario y colaborador; el primer proceso político, los años de periodismo en Valencia; cómo el protagonista de *La barraca* se le mostró en una especie de aparición artística; anécdotas y relatos que con mayor o menor fidelidad han pasado a los biógrafos de Blasco, particularmente al más calificado de ellos: el erudito hispanófilo M. Camilo Pitolllet. Con todos sus defectos, que los tiene, entre ellos algunas hipérboles desmedidas y un celo tendencioso, que hubiera reprendido Talleyrand, el libro de Pitolllet es el mejor que se ha escrito acerca de Blasco.

Excusado es decir que el mío quedó en proyecto, no por falta de amor al asunto, ni de materiales para realizar la obra, sino por el apremio de la labor cotidiana del periodista, que obliga a aplazar todas las obras de algún empeño, que no pueden improvisarse al correr de la pluma. El aplazamiento se va lentamente convirtiendo en desistimiento tácito o en imposibilidad. Tal vez el más penoso rescate con que paga el escritor de periódicos la voluptuosidad y la

pasión del contacto y la lucha con lo viviente y con lo actual, en que entra cierto arrebatado de posesión física, es este de verse condenado a ser un perpetuo proyectista, que no dará al mundo los hijos de su pensamiento y de su fantasía.

Deja Blasco una obra literaria que le asegura en la historia de nuestras letras contemporáneas un puesto eminente entre los cultivadores de la novela. Aunque su fama haya pasado por alternativas; aunque del culto apasionado de que se le hacía objeto cuando publicaba las novelas de las ciudades, reputándole el Zola español, se fuese por grados pasando a cierta frialdad y a la manifiesta hostilidad de los jóvenes, que acaso no le habían leído, en lo cual está el secreto de muchas incomprensiones, la obra de Blasco Ibáñez, desigual, grandiosa, ciclópea, poderosa en la intuición artística, descuidada en pormenores, le coloca en la línea de los grandes creadores de fábulas novelescas, en la familia de Balzac, de Dickens, de Zola, de Galdós.

Comenzó por ser novelista regional, aunque escribía en lengua castellana; regional por los asuntos, por la pintura del medio y de las costumbres. Las novelas valencianas de Blasco Ibáñez: *Arroz y tartana*, novela de la burguesía valenciana; *Flor de mayo*, novela de marineros y pescadores; *La barraca y Cañas y barro*, tragedias rurales, le revelaron como un gran novelista, no inferior a Pereda en sabor local, superior en colorido y emoción trágica, aunque inferior al novelista santanderino en casticismo literario, del que Blasco se cuidaba poco. *La barraca y Cañas y barro* no son solo de las mejores novelas españolas modernas, sino de las mejores de Europa en su género de tragicomedias de la vida rural. El que imparcialmente compare estas obras de Blasco con las de los autores que han dado análoga nota de ruralismo, los rusos o los sicilianos, apreciará, sin duda, el mérito eminente del novelista español.

Pero Blasco no era hombre de quedarse adherido al terruño nativo, o encerrado en el huerto vernáculo. Su imaginación salió en busca de nuevos horizontes. Siguió a las valencianas las novelas de las ciudades: *La catedral* (Toledo), *El intruso* (Bilbao), *La bodega* (Jerez), *La horda* (los arrabales de Madrid), donde el autor trasladaba al lienzo novelesco los problemas del día, las agitaciones de la lucha religiosa, política y social; y también las novelas de las profesiones artísticas: *Entre naranjos* (novela de cantantes cuya Meca es Milán con su Scala), *Sangre y arena* (novela de la torería y el bandolerismo andaluz), *La maja de Goya*, en que hay algún reflejo de *L'Oevre*, de Zola.

Zola, en general, tuvo una considerable influencia de sugestión sobre Blasco Ibáñez, no porque este le imitara, estudiosa ni servilmente, pues todo en las novelas de nuestro compatriota es profundamente español, sino porque en los principios de su carrera siguió el procedimiento de la novela experimental, y más tarde quiso levantar, con materiales españoles y asuntos españoles,

construcciones novelescas del género de *Les trois villes*. Estas fueron las que llamó las novelas de las ciudades.

Cultivó también la novela histórica en *Sónnica la Cortesana* (el Sagunto de las guerras púnicas). Fue llevando su observación y su estro novelesco a escenarios exóticos o pintorescos, cada día más variados; a los judíos de Gibraltar, en *Luna Benamor*; a la Mallorca de *Los muertos mandan*. Empezó, por último, las novelas cosmopolitas de la emigración y de la guerra. El gran éxito de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* hizo de él un novelista mundial, le introdujo en los grandes públicos de lengua inglesa y le colocó entre los escritores millonarios, a quienes rinden tributo los grandes editores y las empresas de cinematógrafo.

Últimamente, la seducción de la historia española le hizo evocar al antipapa Luna y a los Borgias, en novelas que son crónicas noveladas, no porque las facultades de plasticidad y de evocación artísticas del autor hubieran decaído, sino porque se le atropellaban los proyectos; quería despachar rápidamente estos libros para emprender las novelas del descubrimiento y conquista de América. De esta sobreproducción se resienten sus dos últimas novelas, que más que una nueva forma de novelar mezclando lo histórico y lo contemporáneo, como hizo Eça de Queiroz en *A Reliquia* y *A illustre Casa de Ramires*, son relaciones históricas, tenuemente noveladas.

La capacidad de trabajo y la actividad intelectual de Blasco Ibáñez eran asombrosas. Había alternado, y volvió a alternar, con las luchas de la política, una producción literaria extremadamente fecunda. Fue diputado, orador en comicios populares, el tribuno del pueblo de la Valencia republicana. Fue también el alma de una de las casas editoriales que han sembrado más libros modernos por España. Formó con la *Historia del antiguo Oriente*, de Maspero, las historias del pueblo de Israel y de los *Orígenes del cristianismo*, de Renan; la *Historia General*, de Lavisse y Rambaud, y otros textos históricos reputados, una historia universal compilada, que popularizó aquellas obras, contribuyó a la cultura general. No hace mucho publicó una colección de traducciones de novelas francesas contemporáneas, escribiendo para cada una un prólogo que con frecuencia es un excelente retrato literario del autor.

Las letras españolas le deben mucho, no solo por el valor intrínseco de su obra personal, sino por el lustre que les dio con la reputación mundial adquirida en sus últimos tiempos. Blasco Ibáñez era una de las notabilidades universales de la literatura contemporánea. Ha hecho más propaganda de la literatura española moderna con sus novelas que todos los hispanistas juntos. Cuando en el extranjero se hablaba de letras españolas, el primer nombre que se oía era el de Blasco Ibáñez.

Más de un millón de ejemplares impresos en lengua española, sin contar las ediciones fraudulentas de América, y más de otro millón en varios idiomas extranjeros, han difundido la producción literaria de Blasco. Profundamente español, Blasco Ibáñez se sentía justamente halagado de difundir con sus triunfos el nombre de su patria.

El premio Nobel, la Academia, estas satisfacciones a que su espíritu de meridional, abierto a la pompa exterior, no era insensible, se le ofrecían fáciles. Pero hubo un momento en que les volvió la espalda. Las voces lejanas de la juventud, ideales, ilusiones, seguían hablando en su alma.

La muerte de Blasco es un duelo para las letras españolas, que pierden con él una figura gloriosa, uno de los creadores más robustos y fecundos en el campo de la ficción literaria. Al hombre cordial, entusiasta, con defectos como hombre —solo los *devas* carecen de imperfecciones—, le consagrarán un recuerdo conmovido los que fueron sus amigos.